

6. ¿Quién es digno de abrir el libro?

JUAN había sido llevado en el Espíritu a la presencia de Dios. En el cuarto capítulo describe la apariencia del trono; a esto le sigue una visión de la obra de Cristo y de otros relacionados con el plan de salvación. El quinto capítulo es solo una continuación del tema introducido en el cuarto; — es una introducción a la historia narrada en el sexto capítulo.

El hombre finito puede pensar que está separado de su Creador; pero «aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda» (Salmos 139:4). «¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?» (Salmos 139:7). Juan fue llevado a comprender esta verdad de una manera sumamente solemne e impresionante. Él dice: «Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos» (Apocalipsis 5:1). La mano derecha del Padre guarda el registro de nuestras vidas, y a menos que uno pueda acercarse al círculo íntimo de la majestad del Eterno, no podrá mirar dentro de este libro. Está escrito tanto por dentro como por fuera. Por dentro, está la vida que solo Dios conoce, — el secreto, conocido solo por el alma y su Creador. Por fuera, es el reflejo de la mirada de los demás. Como la condición del individuo, así es la condición de la iglesia de Dios. El que fue creado a imagen de Jehová, ha recibido de Su Espíritu, y la historia del alma solo puede ser comprendida por Aquel de quien forma parte. Esta conexión entre Dios y el hombre, es el misterio del Evangelio.

Mientras la hueste celestial contemplaba al que estaba en el trono, un ángel fuerte proclamó a gran voz: «¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos?» (Apocalipsis 5:2). Los arcos del cielo resonaron cuando se lanzó el desafío. No fue una reprensión, sino un llamado a todo el universo de Dios, para que presenciara de nuevo la gloria del Hijo del hombre. Este fue un nuevo despliegue del plan de salvación. Juan, un representante de la raza caída, estaba cerca, y lloró cuando «ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo» (Apocalipsis 5:3). ¿Debía cesar la obra de la

tierra? ¿Fue un fracaso el sacrificio? ¿Cesaría la historia incluso después de que Cristo hubiera muerto? Huestes de ángeles, dirigidos por sus líderes, se inclinaron ante el trono. Habían conocido el poderoso poder de Jehová, habían observado la obra de la creación y habían ministrado en los confines más remotos del espacio; pero permanecieron en silencio cuando se escuchó la voz del heraldo.

Aunque los ángeles guardaron silencio, uno de los ancianos lo rompió. Él, que una vez había vivido en la tierra, que había nacido en pecado, que había luchado y vencido en el nombre de Cristo, y que había resucitado con Él victorioso sobre ese último y más grande enemigo —la muerte—, habló a su semejante. Conocía el significado completo de la vida en la tierra; conocía los terrores del sepulcro, y también podía hablar por experiencia de la justicia de Cristo, porque estaba vestido con la vestidura blanca y en su cabeza llevaba la corona de oro de la victoria. Se acercó a Juan, diciendo: «No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro» (Apocalipsis 5:5). El anciano, que había visto el poderoso poder de Cristo manifestado tan a menudo, tomó los objetos más fuertes de los reinos vegetal y animal para representar Su poder, —la raíz y el león. Las rocas macizas son desgarradas por el poder silencioso de la raíz. Escondida bajo la tierra, su poder es inmenso. Así, el poder de la Raíz de David, escondido en el corazón, puede romper las cadenas más fuertes del pecado. El Salvador habla de aquellos que no tenían raíz en sí mismos como incapaces de soportar la tribulación. La Raíz de David sustenta el árbol de la justicia. Nadie puede ser árbol de justicia si no tiene esta Raíz pura y santa escondida en el suelo del corazón. El anciano usó un lenguaje familiar para el profeta, porque Juan era judío, y desde la infancia había escuchado la profecía de Cristo leída del libro de la ley. Él fue prometido como el «León de la tribu de Judá» (Apocalipsis 5:5), el Rey que la nación esperaba como gobernante temporal. Las misericordias seguras de David se repetían en los servicios de la sinagoga mientras se leían las profecías de Jeremías. «He aquí... levantaré a David un renuevo justo, ... y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra» (Jeremías 23:5-6). «He aquí, yo traigo a mi siervo el Renuevo»

(Zacarías 3:8), había dicho el Señor por medio del profeta Zacarías. «En aquel día la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos» (Isaías 11:10). Cristo, en presencia de Juan, había usado estos mismos símbolos para designar Su propia obra en la tierra. Como león del bosque, nació para gobernar, y el poder del Espíritu en su interior atrajo a todos los hombres hacia Él. Como el árbol que, brotando de una semilla escondida en la bóveda de cemento —destrozó la tumba de los muertos, así la Raíz de David prevaleció para desatar los sellos y abrir el libro. No se pedía la simple lectura del libro. El llamado del ángel era para alguien cuya vida pudiera lograr lo que estaba escrito allí. Allí estaba escrita la obra de Dios en la tierra. Esto se ve cuando se rompen los sellos, como se narra en el capítulo siguiente.

Mientras Juan observaba, «y he aquí en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado» (Apocalipsis 5:6). En el centro de toda la gloria, en la misma presencia de la Vida, ante ángeles que adoraban y testigos de la tierra, estaba un Cordero, inmolado, su sangre vital goteando de sus venas.

Hubo un tiempo en que el pecado no existía; cuando la armonía de la perfección reinaba supremamente. El hombre rompió el acorde. La vida comenzó a decaer. Toda la naturaleza se lamentó. Lentamente, uno por uno, los majestuosos árboles perdieron sus hojas; las flores se marchitaron. Cada flor al caer, sonó como un toque de difuntos en todo el universo de Dios. Pero Cristo ya había pactado con el Padre. Su vida fue ofrecida para este mismo tiempo. Y el hombre, —el hombre penitente y apesadumbrado—, trajo un cordero del rebaño, lo degolló; y su sangre vital se convirtió en una señal de la vida de Cristo. Toda criatura, desde la forma más elevada de la creación, hasta el diminuto insecto en el rayo de sol, vive en la vida de Dios; y cuando ocurre la muerte, se siente una vibración en el corazón del Eterno. En cada cordero, inmolado en todas las ofrendas sacrificiales, Dios vio la sangre de Su propio Hijo. El corazón del Padre se rompió cuando el primer cordero fue inmolado; y cada vez que el cuchillo se manchaba con la sangre de una ofrenda, traía de nuevo a la mente de Dios la

muerte de Su Hijo. Cristo murió de un corazón roto. El cielo conoce el significado de un corazón roto, — de una vida gastada, — de esperanzas destrozadas. «Al corazón contrito y humillado no desprecias tú, oh Dios» (Salmos 51:17).

Así, cuando Juan buscaba a alguien para abrir el libro, apareció, como si fuera un Cordero inmolado. Que todo el poder le fue dado al Cordero, que todo el cielo se derramó en este sacrificio, se muestra por sus siete cuernos y sus siete ojos. «Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono» (Apocalipsis 5:7); porque ni siquiera Cristo podía hacer la obra solo. El poder provino del Padre. Padre e Hijo se unen en la obra de la Redención. «Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos» (Apocalipsis 5:8). Aquí se describe la obra de los ancianos y de los seres vivientes. Mientras el Cordero ministra constantemente ante el trono de Dios, estos que han sido redimidos para Dios «de todo linaje y lengua y pueblo y nación» (Apocalipsis 5:9), se postran ante el trono, ofreciendo al que está sentado en él las oraciones que ascienden de la tierra. Con las oraciones, hay una nube de incienso. *«Este incienso santo es el mérito y la intercesión de Cristo, Su perfecta justicia, que, por medio de la fe, es imputada a Su pueblo, y que solo ella puede hacer que la adoración de seres pecaminosos sea aceptable a Dios»*. En el servicio del tabernáculo en la tierra, el altar del incienso ardía continuamente ante el arca del pacto, donde brillaba la presencia visible de Dios. Cuando el sumo sacerdote entraba en el día de la expiación en el Lugar Santísimo, hacía su ofrenda por el pueblo con mucho incienso, una nube ascendía del incensario mientras permanecía en la Presencia Divina. Hoy en el cielo, aquellos que una vez vivieron en la tierra, representantes de cada linaje, nación y pueblo, habiendo pasado por cada fase de la experiencia terrenal, toman las oraciones ofrecidas por los pecadores penitentes y las presentan ante el Cordero. El arrepentimiento es un dulce olor ante nuestro Dios; porque habla de dolor por el pecado y de la aceptación de la vida de Cristo. Desde la muerte de Cristo, el cordero ya no es inmolado; pero las oraciones de la

mañana y de la tarde, cuando la sangre de Cristo está presente por la fe, tocan el corazón de Dios, y desde Su trono los ángeles aceleran su camino con rápidas alas para cumplir la petición. Si a la oración no parece llegar una respuesta inmediata, todavía existe la seguridad de que ninguna petición sincera escapa a la atención de nuestro Padre. Se representan como preservadas en viales, en «*botellas*», como dice David; y cuando la familia de los redimidos se reúna finalmente en ese mar de cristal con el Cordero y los veinticuatro ancianos, se encontrará que toda oración de fe ha sido respondida. El creyente más humilde, el pecador más agobiado, que vuelve su rostro hacia el cielo, puede ver el arco iris de la promesa sobre el trono. Por él fue inmolado el Cordero, y en su favor, alguien de esa compañía de ancianos, que rodean el trono, puede suplicar: «*He recorrido este mismo camino y he sido rescatado por el Salvador*». ¡Levanta la vista y anímate; porque todo el cielo trabaja por la redención del hombre!

En anticipación de la purificación final del universo del pecado, y la restauración del hombre a su lugar junto al Padre, se canta en el cielo el cántico de los redimidos. Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos cantan un cántico nuevo, — un cántico de Redención; porque han sido levantados de las profundidades del pecado a la posición de reyes y sacerdotes para Dios. Aquellos que ahora están en el cielo, esperan con ansias su reinado con Cristo en la tierra renovada. Cuando el plan esté completo, los pocos que ahora ministran en el cielo, junto con las multitudes que saldrán en la primera resurrección, reinarán como reyes y sacerdotes en la tierra. «Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria» (Mateo 6:13), será el gran coro cuando Cristo como Rey de reyes reciba Su dominio eterno, y los redimidos reinen con Él. A la tierra renovada, y reflejando de nuevo la gloria de Dios como cuando salió por primera vez de la mano de su Creador; con toda la discordia desaparecida, y la música de las esferas rodando en cánticos incesantes a través del espacio infinito; es la escena que el cielo espera con anticipación.

Los redimidos cantaron: «Digno eres» (Apocalipsis 5:9), y de diez mil veces diez mil voces de ángeles resonó la respuesta: «Digno es el Cordero que fue

inmolado de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la bendición» (Apocalipsis 5:12). Y luego, en el coro de voces, ángeles, ancianos y toda criatura de la tierra, el mar y el cielo, se unieron para cantar: «La bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, sean al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13). Y los cuatro seres vivientes respondieron: «Amén. Y los veinticuatro ancianos se postraron, y adoraron al que vive por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:14). Si el hombre vislumbrara la alegría de la salvación, sus labios repetirían los cánticos del cielo. Los seres angélicos esperan la culminación del plan. Que también nosotros lo hagamos.